

La página viva

El perro, el libro, la ciudad

José de la Colina

Cada primero de enero, entre las siete y las nueve de la mañana, más o menos, la ciudad queda completamente inerte y desprevenida. Podría ser conquistada por los marcianos, los mandeos o los macrólidos, sin dificultad. La calma es absoluta y el riesgo supremo.

Todos duermen. Tan solo, cada minuto o dos, un automóvil sin nadie adentro escapa hacia Toluca por Madereros, ¿o se llamaría ya Constituyentes en 1959? Pues dicho año estoy estrenando. He sacado mi gramática de Macdonell, nacida hace tres semanas, a que respire el aire tónico de Chapultepec. A cada momento la estrujo y la beso entre las cejas, mientras camino despacio, con la alambrada inacabable a mi derecha, separándonos de los árboles. Allí viene un perro por la acera angosta.

¿Adónde van los perros callejeros? Baudelaire contestaba con loable aplomo: van a sus asuntos. Ils vont à leurs affaires. De este que se me acerca presuroso, casi corriendo, yo soy su affaire, sin duda. No me alarma; faltan diez años todavía para que un semejante suyo me muerda la pierna. Ahora llega frente a mí, lanza una mirada implorante y se aleja por donde vino, hasta allá adelante lejos. Entonces retorna, veloz. Otra vez me mira y parte apresurado.

Varias veces se repite esto. Me doy cuenta de que el perro inquieto llega hasta el pie de cierto poste distante, donde hay un bulto, que conforme avanzo se va precisando. Es otro perro, muerto, atropellado, arrastrado hasta la acera. ¿Por quién, quién lo apoyó allí? Algún duende del bosque, un buen Waldteufel evitó que el pobre cadáver amarillo fuese machacado por los coches fugitivos hasta volverlo una tortilla horripilante.

¿Qué puedo hacer? Avanzo. El perro vivo, enhiesto junto al despojo de su amigo, me espera ansioso mientras me aproximo. ¿Qué quiere de mí? ¿Que lance un grito? ¿Que me arrodille?

¿Que levante un acta? (...¿que haga un milagro?...) Consigo solo pasar de largo. Estaría dispuesto a cualquier cosa, pero ¿cuál?

Siento clavarse en mi espalda la mirada de desencanto, reproche, desdén, odio limpio. La gramática de Macdonell despierta, chilla, se retuerce bajo mi brazo, se mea.

“Primero de enero”,
en Gerardo Deniz, *Paños menores*,
Tusquets, México, 2002.

Entre el **escritorio** sobrecargado de diccionarios de las mil y una lenguas, de pruebas de imprenta y de manuscritas fichas de química y de lingüística y de geografía y de historia e innumerables anotaciones científicas unas veces literarias y otras veces más eruditas que iluminadoras o siquiera informativas pero frecuentemente inquietantes, el escritorio en ocasiones enteramente cubierto por

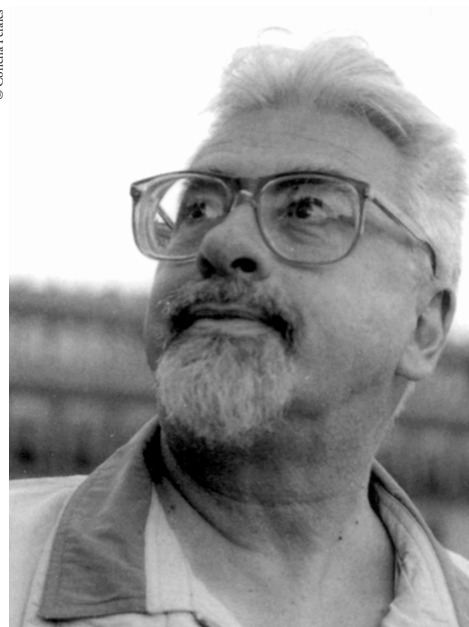
algún gran mapa del Mundo viajable a solo dedo de turista de sillón casero,

y la **ciudad** de todos y de nadie, la ciudad de los meros peatones y la de los lectores de cultas placas de calles y esquinas, pero también la ciudad que llega por la ventana del escritor como un distante, intrigante tamborileo de canción-bolero o un aroma de tortas o tacos al pastor, la ciudad de las avenidas, las calles, las callejas y plazas acaso menos frecuentadas por la peatonería común o distinguida, pero la ciudad explorada, interrogada por el autor bifronte entre poeta raro y prosista divagante,

ocurre la **escritura** de Gerardo Deniz como un andar por entre espacios comunicantes o no, un andar astutamente disperso que saborea la Ciudad como un pastelón de cultura y a la Cultura como un pastelón de ciudades cuya cubierta de crema, o mermelada, o merengue, o aire o esmog, debe arrancar un erudito émulo del Diablo Cojuelo.

Esta página de una prosaica caminata deniciiana es quizá la más inesperadamente patética a la que se haya arriesgado el autor, aunque sólo esboza un zoomelodrama: el de ese perro que, angustiado por el arrumbado cadáver de un semejante, reclama una y otra vez, en ires y venires, la atención del sabio viandante que al parecer sólo va interesado en escuchar al libro ¡de Gramática! anidado bajo el brazo.

Es una página viva que sólo susurra un ciudadano pequeño drama que ha salido al paso de un atento o distraído paseo. Sin subrayado sentimental, Deniz narra una anécdota lateral y un poco perturbadora de su vida y nos deja con esa inquietud: ¿qué quiere de Deniz, de nosotros, ese animal atribulado por el despojo de un semejante asesinado por la prisa y la indiferencia de los hombres... o de los meros automovilistas? **U**



Gerardo Deniz